

**JUAN MAURA Y GELABERT**

***CARTA PASTORAL***

***29 de junio de 1897***



**Biblioteca Saavedra Fajardo, 2011**



Transcripción y revisión ortográfica de Miguel Andúgar Miñarro.

Agradecimientos: Don José Manuel Ángel Muñoz.

Edición realizada a partir de: Maura y Gelabert, Juan. *Carta pastoral del 29 de junio de 1897*. En: Boletín oficial del Obispado de Orihuela, año XV, 29 de junio de 1897, nº36.



**NOS, DR. D JUAN MAURA Y GELABERT,**

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Orihuela, etc.,  
etc.

*Al venerable Deán y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral, Ilmo. Abad y Cabildo de nuestra Insigne Colegial de Alicante, Beneficiados de una y otra, demás clero secular, Comunidades Religiosas y fieles de nuestra amada Diócesis, paz y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.*

**VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS:**

Otro de los datos que es preciso tener a la vista para la solución del *problema social*, es, sin duda, el *concepto de la vida humana*, o sea lo que debemos pensar acerca de nuestro origen, de nuestra condición presente y nuestro destino futuro; pues a cualquiera se le alcanza que la idea que tengamos formada de estos importantísimos extremos, ha de ser por necesidad norma y ley de nuestra conducta privada y de nuestras relaciones sociales, e influir muy eficazmente en la manera de ver y apreciar la cuestión que estudiamos.

Empezaremos por sentar hechos evidentes que sirvan de base y punto de partida a nuestras investigaciones.

**I.**

Es indudable, Amados Hijos, que así en la limitada esfera de la vida individual, como en la más amplia y compleja de la vida social, se descubren numerosas imperfecciones y notables y tristísimas deficiencias, que, si no son motivo razonable para negar la perfectibilidad humana, es preciso, no obstante, convenir en que la entorpecen y retardan, encerrándola en límites más o menos dilatados, pero siempre infranqueables.

Con sobrada razón afirman nuestros Libros Sagrados que la vida humana es cierto género de milicia; pues todos venimos al mundo destinados a guerrear con



innumerables enemigos que nos persiguen y acosan y molestan sin darse reposo ni vagar.

En nosotros mismos llevamos el germen misterioso de esa lucha tenaz y porfiada que se resiste a toda suspensión de hostilidades, a toda tentativa de reconciliación, a todo convenio de paz.

Este germen, Amados Hijos, es inextinguible, porque tiene sus raíces en lo más hondo de nuestra naturaleza, formando una como doble personalidad siempre en pugna consigo misma. De un lado, tenemos el corazón abierto a todos los sentimientos suaves y puros, a todos los arranques nobles y las expansiones generosas, que nos inclinan a amar el bien, y rendir culto a la virtud; de otro, sentimos nacer en nuestros pechos todos los estímulos del egoísmo y el ardor impuro de todas las concupiscencias, que nos incitan al vicio. Y, cuando es llegado el momento de obrar, esas contrapuestas inclinaciones de nuestra mal equilibrada naturaleza entablan reñido combate, disputándose el predominio sobre nuestros corazones.

El hábito de luchar con los malos instintos, y la costumbre de dominarlos y tenerlos a raya, podrán hacer que la virtud prevalezca en nosotros; pero la contradicción se mantiene siempre viva, y la lucha siempre encarnizada y temible. Así es, Amados Hijos, que aun los mayores santos, en medio de sus repetidas victorias, tiemblan y se estremecen ante la posibilidad de ser derrotados por un enemigo que jamás llegó a rendirse a discreción. Por eso exclamaba con inmensa amargura el Apóstol: siento en mí rebeliones de la carne contra el espíritu y rebeliones del espíritu contra la carne; siento estímulos torpes y vergonzosos que conmueven todo mi ser, y me empujan hacia el vicio, y me roban la paz del alma.

Es, a veces, tan intensa la lucha entre esos dos elementos hostiles, tan rudo el choque, y tan desesperada la resistencia que el elemento del mal opone al elemento del bien, que no parece sino que hay en nosotros dos almas: una sumisa y obediente al imperio de la razón; y otra supeditada por todas las tiranías del vicio. Por eso los santos, en su humildad profunda, se creen grandes pecadores; porque sienten en sí las rebeldías del elemento del mal, del *hombre viejo*, como le llama la Escritura, de ese enemigo interior que siempre se agita y forcejea por sacudir todo yugo, que está hambriento de deleites carnales, y repleto de vanidad, de egoísmo y todo linaje de humana miseria. Conocida es la frase expresiva y gráfica con que un gran salto pintaba candorosamente



ese eterno combate que, en todos los estados de la vida, se libra en el interior de nuestras almas: *Dios mío, no os fiéis de mí, porque soy un ladrón de vuestra honra.*

Por desgracia, Amados Hijos, no es más consolador el espectáculo que ofrece la vida social, punto de concentración de todas las fuerzas individuales, malas y buenas, y campo en donde unas y otras riñen las más descomunales batallas. Aquí encontramos los mismos elementos de bien y mal, pero centuplicados y más pujantes y activos por virtud de la asociación que los reúne, y pone en contacto.

Con efecto, en la sociedad vemos claramente dibujadas las dos opuestas tendencias del individuo: una hacia todo lo grande, lo bello, lo que purifica, lo que sublima y ennoblece la vida humana: otra hacia las impurezas de una falsa y mentirosa realidad que nos degrada arrastrándonos por el fango de todas las miserias. La una presenta la sociedad adornada y embellecida con caracteres de origen divino, y aspirando a la consecución de destinos inmortales; la otra ofrece a los ojos huellas de una corrupción nativa, honda e incurable, que parece arrastrarnos irremediamente a la primitiva barbarie.

En la secular y titánica lucha de esas dos tendencias ha de buscarse, en nuestro entender, el origen y la solución del problema que estudiamos. El origen, porque es indudable que la *cuestión social* lo tiene en los vicios ingénitos de nuestra naturaleza, en esa lucha que ligeramente hemos descrito, de la cual, por desgracia, no siempre sale vencedora la justicia; la solución, porque ésta no ha de obtenerse dando a la sociedad una organización cruelmente niveladora, que borre las denominaciones de *rico* y *pobre*, de *capital* y *trabajo*, de *patrono* y de *obrero*, etc.; sino armonizando todas esas cosas, acercándolas y estrechándolas con lazos de amor y caridad. Y para lograr este resultado es preciso inspirarse en el verdadero *concepto de la vida humana*. Procuremos aclarar estas ideas.

## II.

Dijimos que la *cuestión social* nace de la lucha de los dos elementos hostiles que bullen y se agitan en el fondo, siempre revuelto, de nuestra naturaleza. Las desigualdades sociales, dan, sin duda, ocasión y sirven de pretexto al antagonismo de clases, abundante arsenal de mortíferas armas que el socialismo utiliza con ventaja para



combatir el actual orden de cosas; pero la verdadera causa del conflicto social no son estas desigualdades, que vimos se derivan forzosamente de nuestra natural condición; sino el abuso que de ellas hacen tanto los hijos desheredados como los favorecidos de la naturaleza y la fortuna. Y este abuso tiene su principio y raíz en la palpable contradicción de nuestro ser, de que venimos hablando. Porque, en fuerza de esta contradicción, la voluntad humana vive sujeta a continuas e incesantes vacilaciones entre el bien y el mal, entre las austeridades de la virtud y las disipaciones del vicio, entre las sugerencias del egoísmo y los impulsos de la caridad, en fin, entre dos enemigos irreconciliables que la solicitan y halagan; no pudiendo decidirse por uno, sin verse obligada a dejar en manos del contrario despojos siempre dolorosos, y a veces sangrientos. Por eso la vida humana es lucha perpetua, y prolongado y cruento sacrificio; con la triste particularidad de que la lucha es más encarnizada, y el sacrificio más doloroso, cuando quiere la voluntad abrazar el partido del bien, porque entonces tiene que superar mayores dificultades, y vencer más poderosas resistencias.

Se ha hecho moda en nuestros días, Amados Hijos, hablar de la *lucha por la existencia*, como de una suprema ley que rige la perpetua y sucesiva *evolución* de todos los seres del universo; mejor fuera fijarnos algo más en la *lucha por el bien*, que, desgraciadamente, constituye el fondo de la vida humana, y es ley ineluctable de nuestra experiencia terrenal. Por aquí echaríamos de ver que el *sacrificio* es condición de nuestra vida, ya individual ya socialmente considerada, por cuanto no nos es posible practicar el bien sin luchar denodadamente, ni salir vencedores en la lucha, sin sacrificar algo de nosotros mismos, algo que está identificado con nosotros, y que nos opone obstinada resistencia.

Estamos muy lejos de negar, ni siquiera poner en tela de juicio, la verdad y realidad del progreso humano; pero es cosa cierta y averiguada por la razón y la experiencia que este progreso, por más que dilate sus dominios, no cambiará jamás sustancialmente nuestro ser y naturaleza. Esta lucha interior, de que os hablamos, continuará en nosotros viva, ardiente y apasionada; y la sociedad conservará siempre lo esencial de su organización interna y primitiva, cuyo fondo subsistirá inalterable bajo las diversas formas de que vayan revistiéndolo el progreso y la cultura. En resumen, Amados Hijos: la vida individual y la social, a pesar de todos los adelantos de la ciencia, de todos los refinamientos e ingeniosidades de la industria, de todos los



primores y delicadezas del arte, y de todas las posibles e imaginables *evoluciones* de nuestra especie, jamás se verán libres de luchar y padecer.

Sin esta lucha y estos padecimientos, triste y onerosísimo patrimonio de la humanidad, la *cuestión social* no existiría, el pavoroso problema jamás se hubiese planteado; porque la tierra sin los males físicos ni las perturbaciones morales que nos afligen, sería un verdadero paraíso que nos brindaría a todos con las dulzuras de la paz y los goces de la bienandanza. Pero, no siendo así, por desgracia, lo que importa es conocer cómo ha de ser dirigida la lucha a que estamos condenados, y cómo han de ser combatidos los sufrimientos originados de nuestra caída condición.

### III.

Los datos del problema son la *riqueza* y la *pobreza*; y la solución que se busca se reduce a *armonizar* estos dos extremos, no *anularlos* o eliminarlos, según pretende el socialismo; pretensión absurda, y, aun en el supuesto de que fuese realizable, contraproducente y de resultados funestísimos, como os hemos probado en nuestras anteriores PASTORALES.

Pues bien, Amados Hijos: a esa armonía, a esa anhelada conciliación, se oponen nuestra perversión nativa, nuestro egoísmo y todas las malas pasiones que en nosotros viven y se agitan. Hay, indudablemente, en nuestras almas ciertos gérmenes de piedad, de misericordia y simpatía, que, en determinadas circunstancias, producen hermosos frutos de caridad; pero es igualmente indudable que no siempre está abierto nuestro corazón a tan generosos sentimientos. Porque la pobreza, el dolor físico, la degradación moral, todo ese conjunto de miserias que rodean y envuelven a muchos de nuestros hermanos, despiertan fuertes movimientos de repulsión y antipatía no fáciles de dominar. Un rostro escuálido, unos mugrientos harapos, una carne roída por hedionda llaga, unos modales toscos y groseros, un semblante que lleva grabadas las huellas de la perversión y el crimen, ofrecen, Amados Hijos, un espectáculo que naturalmente repugna a nuestros ojos y a todos nuestros sentidos; y es menester poderosa fuerza de voluntad para no dejarnos llevar de la profunda aversión que tales miserias nos inspiran. Y no ya gran fuerza de voluntad, sino levantado espíritu de abnegación y sacrificio, cuando se trata de acercarnos a esos seres infortunados, y ponernos en contacto



inmediato con ellos, y prodigarles nuestros cuidados, para mejorar su situación, y hacerles más llevadera la desgracia.

Con facilidad suma se fantasean, y estampan sobre el papel, para lanzarlas a todos los vientos de la publicidad, teorías humanitarias, pomposas y altisonantes, que pretenden acabar con todas las desdichas y los infortunios de las clases menesterosas. Tampoco ofrece insuperables dificultades el inventar sistemas económicos encaminados a mejorar la condición de los que sufren los rigores de la suerte adversa. Pero ya no es tan fácil, Amados Hijos, lograr que el corazón humano venza y subyugue la repugnancia, la profunda aversión que siente por las tristísimas escenas del infortunio; y que esa antipatía y esa repugnancia cedan el puesto a la conmiseración y al amor. Para ello es menester algo más que declamaciones filantrópicas y sentimental fraseología; algo más que los fríos cálculos y las minuciosas estadísticas de la ciencia económica; y algo más también que *dictados de la razón, imperativos categóricos* y demás sutilezas metafísicas, que sirven para exornar sistemas filosóficos, pero que no llegan al corazón, ni tienen poder para remediar una necesidad ni enjugar una lágrima. Para llegar a estos resultados prácticos; para que la miseria en todas sus repulsivas formas, encuentre un corazón cariñoso y una mano solícita, que con verdadero amor se consagren a aliviarla; para eso se necesitan almas templadas al fuego de la caridad, inspiradas y fortalecidas por un ideal sublime que sea fuente inagotable de abnegación y sacrificio. Porque, sean cualesquiera los sistemas que se inventen o los procedimientos que se adopten para poner término al conflicto social, la verdad es, Amados Hijos, que, puestos frente a frente con la miseria y el dolor, nuestra naturaleza se rebela, los sentidos se alborotan y amotinan, y el egoísmo inventa mil pretextos para eximirnos de presenciar semejantes espectáculos; y si, tal vez, obedecemos a un impulso de pasajera generosidad, o no muy honda compasión, procuramos cuanto antes borrar de nuestra apesurada fantasía toda imagen de dolor, todo vestigio y rastro de tristeza. Por eso os decíamos que, para ponernos en contacto con el pobre, para sufrir y arrostrar los horrores de la miseria, es menester un ideal sublime que nos infunda aliento y ánimo, y nos disponga a la abnegación y el sacrificio. Pues bien, Amados Hijos nuestros; este ideal es el *concepto cristiano de la vida humana*.

En efecto, nuestra religión nos enseña que la vida humana es lucha, no por la *existencia terrenal* como *fin* y *paradero* de nuestros destinos, sino lucha *por el bien* como *medio* para conquistar otra existencia superior estable y definitiva; que venimos





condenados a esta lucha, para expiar un pecado de origen, y levantar de su abatimiento nuestra naturaleza caída del estado de perfección en que fue colocada en un principio; y, en fin, que para inspirarnos valor y constancia en la lucha, un Hombre-Dios vino a darnos ejemplo de abnegación sublime apurando hasta las heces todas las amarguras de la vida, consumando en una cruz el más estupendo y heroico de los sacrificios, y dictándonos esta ley suprema, cifra y compendio de nuestros deberes: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y cargue con su cruz, y sígame* (MATTH. XVI, 24)

Compréndese fácilmente que, partiendo de ese concepto de la vida humana, se llegue al íntimo y eficaz convencimiento de que la abnegación y el sacrificio son compañeros inseparables de nuestra existencia terrenal, y que es de todo punto indispensable someternos a ellos para alcanzar nuestro fin último.

Oíd, Amados Hijos, cómo expone este verdadero e indiscutible concepto de la vida humana nuestra Santa Madre Iglesia por boca de León XIII: «Entender lo que en verdad son, y apreciar en lo que realmente valen las cosas perecederas, es imposible, si no se ponen los ojos del alma en la otra vida que no ha de tener fin; la cual vida, si se quita, perecerá inmediatamente el concepto y verdadera noción del bien, y hasta se convertirá este universo en un misterio inexplicable a toda investigación humana. Así, pues, lo que del magisterio de la naturaleza misma aprendimos, es también dogma de la fe cristiana, en el que, como principio fundamental, estriba la razón y el ser todo de la religión cristiana, a saber, que, cuando salgamos de esta vida, entonces hemos de comenzar de veras a vivir. Porque no crió Dios al hombre para estas cosas quebradizas y caducas, sino para las celestiales y eternas; ni nos dio la tierra por habitación perpetua, sino por lugar de destierro. Abundar o carecer de riquezas y de las otras cosas que llamamos bienes, nada importa para la bienaventuranza eterna; lo que importa más que todo, es el uso que de estos bienes hagamos. Las varias penalidades de que está como tejida la vida mortal, no las quitó Jesucristo con su *copiosa redención*, sino que las trocó en incentivos de virtudes y materia de merecer, de tal suerte que ninguno de los mortales puede alcanzar los bienes sempiternos, si no es caminando sobre las ensangrentadas huellas de Jesucristo. *Si sufriéremos, reinaremos también con Él* (2 AD TIM. II. 12). Tomando Él, de su voluntad, trabajos y tormentos, por admirable modo templó la fuerza de estos mismos trabajos y tormentos; y no sólo con su ejemplo, sino con su gracia y con la esperanza que delante nos pone de un premio eterno, hizo más



fácil el sufrir dolores; *porque lo que aquí es para nosotros de una tribulación momentánea y ligera, engendra en nosotros, de un modo maravilloso, un peso eterno de gloria (2 AD COR. IV. 17).*»<sup>1</sup>

En suma, Amados Hijos; el concepto fundamental de la vida humana, según los principios de nuestra fe, es: contradicción y lucha continua por enfrenar y reprimir las concupiscencias de la carne y las demasías del espíritu; cruz, abnegación y sacrificio; todo ello encaminado al altísimo fin de agradar a Dios, y poseerle eternamente.

Con este concepto de la vida, y sólo con él, se comprende ser posible que nuestros ojos no rehúsen el triste espectáculo del dolor, que nuestra mano no tiemble ni se encoja al ponerse en contacto con la laceria del pobre, ni vacilen nuestros pasos al dirigirnos a la vivienda desolada y nauseabunda en que se alberga el infortunio.

Con este concepto de la vida ha podido nuestra santa religión realizar el ideal divino de la caridad, encarnándole y haciéndole vivir en sinnúmero de instituciones benéficas, en las cuales el amor al pobre y desvalido se convierte en verdadero culto religioso, del que brotan con sublime espontaneidad actos realmente heroicos que, no por haber llegado a ser, en fuerza de repetirse, lugares comunes de la Apologética católica, han perdido nada de su juventud y frescura primitivas; porque de la caridad podrá decirse siempre, en la esfera de la vida terrenal, lo que en la más alta de la vida futura dice el Apóstol, a saber, que la caridad nunca muere ni envejece, ni está sujeta a los vaivenes de la ciencia. *Charitas, nunquam excidit, sive prophetiæ evacuabuntur sive linguæ, sive scientia destruetur.*<sup>2</sup>

Lo hemos dicho varias veces, y volvemos a repetirlo, la ciencia puede y debe cooperar a la solución del problema; pero ella, por sí sola, no basta. Sus lucubraciones y sistemas, sus cálculos y proyectos para atenuar los efectos de las desigualdades sociales, nunca trascenderán del orden teórico y especulativo, mientras no se disponga de un principio superior a la ciencia, de una virtud divina que, infiltrándose en la voluntad humana, la temple y fortalezca para vencer la innata repugnancia que por el dolor y la miseria siente nuestra egoísta y rebelde naturaleza. Porque la *cuestión social*, Amados Hijos, tiene una parte esencialmente práctica; y este lado práctico del problema es, cabalmente, el más difícil, el más arduo y espinoso. Convenimos en que es de todo punto indispensable fijar la atención en las necesidades de la clase obrera, estudiarlas

---

<sup>1</sup> *De Condit. Opific.*

<sup>2</sup> 1. Cor. XIII. 8.



con detenimiento, y remediarlas con urgencia. En este terreno de pura especulación la causa del obre tiene campeones decididos que luchan con infatigable denuedo, hábiles abogados que la patrocinan con verdadero despilfarro de ingenio y elocuencia; pero ¡ay!, cuando se trata de acercarse al obrero, de tenderle la mano, y poner en práctica las hermosas teorías defendidas con tanto entusiasmo, el corazón, reservado y frío, no suele marchar de acuerdo con la cabeza, porque ante la ingrata realidad de los hechos siente renacer todas las repugnancias y antipatías que le inspira la pobreza.

Para llegar a un resultado práctico y verdaderamente beneficioso para el pobre, es menester que las teorías humanitarias encuentren apoyo en corazones generosos dispuestos al sacrificio; lo cual no se consigue sino cuando las ideas religiosas, profundamente arraigadas, llevan al alma la persuasión de que la vida terrena es para nosotros lucha y sufrimiento que tendrán un día cumplida recompensa. De aquí que en esta cuestión, tal vez más que en ninguna otra, sea de perentoria y absoluta necesidad que la *fe* y la *ciencia* trabajen de común acuerdo, y se presten recíprocamente sus luces y su concurso. Por desgracia, no sucede así; y por esto la cuestión social no adelanta un paso en el camino de la solución deseada, antes retrocede, y se complica y agrava, presentándose cada día más amenazadora y temible.

#### IV.

No sería empresa muy difícil, Amados Hijos, la de probar con abundancia de datos y razones que la ciencia enemiga de la fe, o indiferente con ella, no sólo dificulta la solución del problema social, sino que la hace de todo en todo imposible. Mas, para no extendernos demasiado, nos concretaremos a ligeras reflexiones.

El *materialismo* y el *positivismo* encierran la vida humana, toda entera, en los linderos del mundo sensible, y no nos toleran pensar ni hablar sino de lo que cae bajo la jurisdicción de los sentidos.<sup>3</sup> ¡Triste concepto de la vida, que nos encadena, cual viles esclavos, a las ciegas evoluciones de la materia y la fuerza, de las cuales pretende derivar, por ley fatalísima, nuestro presente y nuestro porvenir! Puñado de materia

---

<sup>3</sup> Uno de los modernos corifeos del materialismo ha estampado estas palabras, que no sabemos si graduar de necedad o de blasfemia: «Todo libro que habla de Dios, es por necesidad anticientífico.» (BÜCHNER)



organizada, aparecemos en el escenario de la vida traídos por una serie de evoluciones lentas y laboriosas que concretan y determinan nuestro ser, cuyas potencias físicas y mentales no son otra cosa, en último resultado, sino un conjunto y agrupación de fuerzas mecánicas y físico-químicas que se transforman en sensación, en pensamiento, en voluntad, etc., etc.; y después que hemos bregado, por más o menos tiempo, y con más o menos fortuna, con los azares y las contradicciones de la existencia, vamos a confundirnos otra vez con la materia elemental de donde hemos salido. De nuestra personalidad nada queda; rotos los débiles lazos que la retenían, sus elementos disgregados pasan al vasto laboratorio de la naturaleza, en donde la fuerza bruta produce ciegamente y a destajo otros innumerables seres que, inconscientemente también, sin fin ni propósito alguno destruirá después, sin que jamás se cierre ese ciclo inmenso de producción y destrucción que recorren eternamente la fuerza y la materia.

¿No es verdad, Amados Hijos, que con este concepto de la vida se nos cierran todos los horizontes del mundo moral, e indefensos y atados de pies y manos, nos convertimos en caprichoso juguete de la materia, única entidad única causa eficiente y providencia única del universo? ¿Por qué, ni para qué hablar de vicios ni de virtudes, si la virtud y el vicio son pura y simplemente *productos químicos como el azúcar y el vitriolo*? ¿Por qué, ni para qué ocuparnos en reformar las costumbres, en volver por los fueros de la justicia, en inculcar deberes cuyo cumplimiento nos proporcione paz y bienestar, si en realidad de verdad carecemos de libre albedrío, puesto que *todos los actos de nuestra voluntad están necesaria y fatalmente contenidos en otros anteriores, y predeterminados por ellos*?

A cualquiera se le alcanza, amados Hijos, que semejantes doctrinas lejos de ser freno que contenga las pasiones, son acicate y despertador de todos los malos instintos. Porque claro está que, si la vida humana se concreta a lo que vemos y palpamos, y no dura más de lo que puede durar nuestro breve tránsito por la tierra; si los deseos más vehementes que nos agitan, no pueden encontrar satisfacción sino en el corto periodo de nuestra fugaz existencia; lo racional y lógico es no negar nada a nuestras pasiones y apetitos, no contrariarlos ni cohibirlos ni luchar de ningún modo para tenerlos a raya; puesto que la lucha ha de ocasionarnos, por necesidad, quebrantos sin compensación, privaciones y sacrificios sin recompensa.

Aplicados estos principios a la cuestión social, las consecuencias no pueden ser más fatales y desastrosas.



En primer lugar, el pobre no se avendrá fácilmente a vivir y morir en su situación tristísima, sin un resquicio de esperanza que haga tolerables sus privaciones, sin una gota de consuelo que mitigue la fiebre de gozar que lo devora. No se resignará a ser, durante toda su vida, hijo desheredado de una sociedad que nada en la abundancia y los placeres, y para la cual no puede abrigar sino odios y rencores, una vez que la considera, muy lógicamente en el sentido materialista, como causadora de todos sus infortunios.

Por otro lado, el rico, persuadido de que la vida no es sino *lucha por la existencia*, en la cual, por insuperable ley de naturaleza, los débiles han de sucumbir, quedando triunfantes y dominadores los más fuertes, mirará al pobre como a víctima obligada de esa ley inexorable, como a un ser de condición inferior, a quien la naturaleza ha negado facultades y aptitudes para pertenecer al número de los que vencen y disfrutan.

De este modo, entre el rico y el pobre se abre un abismo que en vano se trata de rellenar con huecas teorías humanitarias, o sistemas económicos materialistas. Porque, partiendo de principios que entrañan el germen de la desunión y la discordia, ¿cómo se ha de llegar a la paz? Borrando toda diferencia esencial entre la virtud y el vicio, ¿cómo se ha de despertar en los corazones ningún movimiento generoso? Y, en fin, limitando todas nuestras aspiraciones a la presente vida, encerrada en el breve círculo de la existencia material, ¿cómo se nos ha de exigir abnegación y sacrificio?

Verdad es que no todos los trabajos que hoy se realizan para poner al rico en contacto con el pobre, adolecen del vicio radical de la escuela materialista; y hasta se advierten ciertas corrientes de aproximación entre una y otra clase, debidas, sin duda, a las tristísimas lecciones de la experiencia. Se habla ya algo de *creencias religiosas*, como de un factor importante para dar al problema adecuada solución; y se lamenta y deplora la total ausencia de las mismas entre las clases obreras. Pero eso no es bastante todavía, Amados Hijos, esa religiosidad abstracta, de formas vagas y no bien definidas, ese cristianismo social, utilitario y acomodaticio, que algunos sabios proclaman, en el fondo no es sino egoísmo refinado y cauteloso que anda en busca de fórmulas y componendas para evitar los conflictos sociales que pueden venir a deshora a turbar nuestros placeres. Y no es eso, no, lo que se necesita. Lo que se necesita es espíritu de abnegación y sacrificio, amor sincero, desinteresado y puro, o en otros términos, *caridad* que derribando las barreras con tanta obstinación defendidas por el



egoísmo, nos ponga en contacto directo con las desdichas del pobre, para compadecerlas de verdad, y remediarlas positiva y eficazmente.

Ya habéis visto que ese amor práctico, esa caridad activa, infatigable, y realmente fecunda y bienhechora que sabe arrostrar impávida el repulsivo espectáculo de la miseria en todas sus formas, tiene su base y fundamento en el *concepto cristiano de la vida humana*. De donde se colige que, si este concepto es negado, o relegado al olvido, por necesidad han de ser ineficaces para desatar el nudo de la cuestión todas las teorías económicas que se inventen, y todos los trabajos que se practiquen en beneficio del pobre; porque a aquellas y a éstos les faltará la savia de la caridad, que es lo único que puede comunicarles vida, calor y eficacia.

Aquí terminamos, Amados Hijos; nuestro humilde trabajo *sobre la cuestión social*. Nada nuevo hemos dicho, ni tal era, ni podía ser, nuestro propósito, sin incurrir en la nota de atrevidos y presuntuosos. Os hemos expuesto e inculcado lisa y llanamente, cual cumple a nuestro cargo pastoral, las verdades de nuestra fe católica relacionadas con aquella cuestión; y esperamos que Dios bendecirá la semilla que hemos depositado con paternal solicitud en vuestras inteligencias y en vuestros corazones.

Ahora, recibid nuestra bendición en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Orihuela, el 29 de Junio  
(Festividad de S. Pedro Apóstol) de 1897.

JUAN, *Obispo de Orihuela.*

Por mandado de S. S. Ilma. y Rva. el Obispo mi señor.

DR. INDALECIO FERRANDO.

*Chantre Pro-Secretario.*

Los señores Curas leerán a los fieles esta PASTORAL en la forma de costumbre.